

cuyas primeras lágrimas corrieron en un pesebre. Pretendes que has resucitado á los muertos, yo sostengo que solo estaban dormidos. ¿Me dirás que sus madres y sus hermanas los habian visto espirar? — ¡Pues bien sea así; tambien podrás resucitarte á tí mismo, pero ten presente que en la agonía han de velar sobre tí ojos de hombres, menos sujetos que los de las mugeres á ver lo que no sucede! Mas pesado será tu sueño que el de los supuestos muertos á quienes has despertado, y ese sueño de hierro has de dormirle donde el sol al levantarse, y la luna al ponerse solo encuentran los pestíferos vapores que exhala la putrefaccion, hasta que blanquea completamente los craneos que sobre el Gólgota cayeron teñidos en sangre. Si existe un anatema mas terrible, un anatema que las tumbas entreabiertas arrojen al espacio, que en alas de la media noche pueda venir á los vivos, y que la peste y la desesperacion eternicen; que ese caiga sobre tí y te aniquile.»

Apenas esa imprecacion acaba de salir de sus trémulos labios, enmudece Filon y hiélase, cubriéndose su rostro de mortal palidez; porque el Dios á quien ha osado insultar se retiró de él para siempre, y el angel de la destruccion, que en adelante será el suyo, envolviéndole en sus petrificantes miradas dice en voz únicamente para los inmortales inteligible :

« Sobre tí ha caido el anatema que acabas de pronunciar. Levanto los ojos y la flamígera cuchilla al Dios remunerador y te condeno á eterna muerte. ¿Te heriré al instante?... No: aun no es llegada tu hora; pero ya apresura su lúgubre vuelo y cuando haya arrojado lejos de sí á la última palabra de consuelo, al último rayo de esperanza, al postrer pensamiento de perdon y de misericordia, con que á veces se presenta aun á los mayores criminales; cuando rasgando el negro velo de la media noche venga á romper ante tus ojos el reloj de arena que cuenta los instantes de tu vida; cuando los ahullidos del infierno hayan dado respuesta á tu desesperado postrer suspiro; cuando la muerte te haya herido con el mas terrible de sus golpes, entonces verás mi faz en el valle de Benhinon¹: allí te espero.»

Dijo, y su frente agitada por la cólera ondeó como el mar azotado por los vientos; de sus ojos brotaron llamas devoradoras como el rayo vengador; sobre su espalda flotaron ondeantes sus cabellos cual vaporosas nieblas que en diáfanos festones coronan las cimas de los montes; inmóviles quedaron sus plantas, á la manera que las bases de las rocas por la fuerza de los siglos clavadas en la tierra. No hiere al miserable, mas hace resonar

¹ Uno de los mas horribles parages del Averno. — T. F.

en torno de él los siniestros vagidos de la muerte.

Avergonzándose del terror que le ha obligado á interrumpir su discurso, vuelve Filon á tomar la palabra en voz sorda y ahogada :

« Todo aquello que yo he pasado en silencio, dominado por la santa cólera que me inspira la impiedad de ese falso profeta, os lo dirá el porvenir. Caifás, interroga al culpable y pronuncia su sentencia. »

Aterrados están los circunstantes con el discurso de Filon; no hay lengua que se mueva; clavados están en tierra los ojos de todos; sola Porcia, osa mirar al acusado, y al contemplar la magestuosa calma de aquel divino rostro, comprende la bella romana que Jesus es inocente, y lleno de la mas dulce alegría palpita su tierno corazón. Buscando en vano con la vista y entre la multitud un alma compasiva y generosa digna de participar de la suave emoción que experimenta, fijáronse acaso los ojos de la esposa del Pretor en un grupo de hombres reunidos en torno de una hoguera encendida en el vestíbulo del palacio; y el noble é imponente aspecto de uno de ellos que lanzaba espresivas miradas á Jesus, la indujo á creer que ese era sin duda objeto de la acalorada discusión que aquel tenia trabada con los que le rodeaban.

« Será, pensó Porcia, alguno de sus amigos que trata de conveneer á los que le escuchan de que

dejando perecer al mas sabio y virtuoso de los hombres de Israel van á cubrirse de vergüenza y de oprobio... Mas en vez de atender á sus razones le amenazan con la misma suerte que preparan al hombre á quien osa defender, y el miedo le reduce á silencio... ¡Ay de mí! ¡Tal vez la desdichada madre de Jesus ha enlazado las rodillas de ese mortal hasta arrancarle la promesa de disputarles su hijo á los verdugos que le juzgan! ¡Cual seria su dolor, si tan desalentado le viese! Destrozado se hubiera su corazón si la infeliz hubiese oído las feroces palabras del Fariseo... ¿Mas que es lo que por mí pasa? ¡Por qué tan tierno interés me inspira una familia para mi estraña y desconocida? ¡Envidiaré acaso á María la dicha de haber dado el ser á un hijo tan grande y generoso?... ¡Ah! no: pero comprendo su felicidad y temo que va á perderla; Nueva era de bienaventuranza va á comenzar para el mundo con la muerte de Jesus; así lo dicen al menos: pero esa vaga esperanza no basta á consolar á una madre... ¡Dignense los dioses piadosos libertarla de contemplar el horrible espectáculo del suplicio de su hijo. »

Agitándose el sumo sacerdote en su asiento de juez supremo dice :

« ¡La Judea entera gime bajo el peso de los males que sobre ella ha atraído el acusado que ante nosotros comparece! La tierra entera sabe tambien

que ese hombre se ha rebelado contra el Dios vengador cuyo trono insiste sobre las cimas de los mas altos montes; y contra el gran Cesar que desde la ciudad de las siete colinas, gobierna el universo! No es por consiguiente la voz debil y aislada de Caifás, sino la de todo Israel la que dice al hierro esterminador: « ¡Hierre al culpable!... » Preséntense cuantos aman á la justicia y á su patria; preséntense, hablen, y digan lo que es cierto y notorio. »

Al oír á Caifás preséntanse los hombres que de antemano estaban prevenidos para repetir las negras calumnias en que los agentes de Filon han endoctrinado. De entre esos falsos testigos sale y se adelanta hácia los jueces con atrevido paso el mas ardiente: mas apesar de sus feroces miradas y jactancioso porte, descúbrese fácilmente que los engaños que va á sostener á él mismo le asustan.

« Todos sabeis, dijo, que Jesus tiene por costumbre profanar el templo, y si lo hubierais olvidado, bastaria recordaros el dia en que de allí arrojó á los que de ordinario acuden á vendernos las víctimas que sacrificamos al Dios de Moises. ¿ Si ese hombre no fuera enemigo de Dios, si no tratara de destruir el Santuario: ¿ intentaria por ventura privar á nuestros santos pontífices de lo mas saneado de sus riquezas? »

Habló despues de ese el segundo testigo prestando á las sublimes acciones del Mesías, viles y pérfidos intentos:

« Yo he oido al pueblo de Israel proclamar Rey al Nazareno quien seguramente hubiera venido á apoderarse de Jerusalem, si asustándoles su propia audacia á sus partidarios no hubiesen decaido luego de ánimo. Avergonzado y solo entonces, ese rey destronado antes de que su reino comenzase, retiróse á los selváticos valles del Cedron, donde se creía libre de vuestra venganza, ó nobles padres de Israel. »

Preséntase un levita afectando despreciar profundamente al profeta á quien acusa y dice:

« Es un blasfemo pues pretende tener derecho para la remision de los pecados, y permite espigar en el santo dia del sábado; y en ese mismo dia de descanso se ha atrevido ese hombre á restituirles el movimiento á los miembros de un paralítico. »

El cuarto testigo se adelanta con aire desdeñoso, jugueteando en sus labios la sardónica sonrisa de la ironía:

« ¿ Quereis, nobles príncipes de Israel, que os hable del Nazareno? ¿ Y á qué necesitais de mi testimonio contra un hombre que á sí propio se alinea con los ensueños en que apoya su imperio? » Escuchad las palabras que su arrogancia le ha he-

cho dirigir al pueblo reunido : « Destruid vuestro templo, y en tres dias haré yo salir del polvo de las ruinas de esa maravilla del mundo otro santuario mas vasto y mas bello. » Y el pueblo le escuchó con muda admiracion; y yo estaba presente. »

Al anterior sigue un anciano que deshonra sus canas con estas mentidas palabras :

« He tenido la desgracia de ser Publicano, y conozco la perversidad de cuantos lo son; pues con esos miserables pecadores se asocia el falso profeta íntimamente; con ellos ha aprendido á despreciar la ley de Moises y á profanar el santo dia del Sábado. »

Mientras duraron las declaraciones de los testigos, procuró la plebe investigar en el rostro del Mesías si esperaba ó no destruir tan graves acusaciones. Así se reunen los impíos en torno del cristiano moribundo, y dicen : « Con la muerte se disiparán para este los orgullosos ensueños de la vida inmortal que tanto valor le inspiran. » Mas el cristiano ora por los desdichados que no le comprenden, y se sonrie al aspecto de su entreabierta tumba.

Callaba el Hombre-Dios, y arrebatado por la cólera, esclama Caifás :

« Miserable blasfemo : trata á lo menos de desmentir las acusaciones que contra tí se fulminan. »

Jesus prosigue en su silencio, y Caifás vuelve á decir con ira cada vez mayor :

« Habla : te lo ordeno en nombre del Dios Vivo. ¿ Eres tú el Mesías? ¿ Eres tú el hijo de aquel á quien adoramos? » Y dominado por Satan que continuaba invisible en medio de la asamblea, clavó en Jesus una mirada infernal.

Obbadon, el angel esterminador, el angel de Filon, blandiendo su flamígera cuchilla sobre aquella reunion de pecadores, dijo para sí :

« Le piden una respuesta al Hijo del Eterno. ¿ Cual pudiera ser la suya, sino una señal de misericordia vana é inutil, porque ya sobre sus cabezas brama el trueno mas terrible que jamas anunció la venganza del cielo, y á ese sigue el rayo que hiere y castiga? ; O tú el mas negro y mortífero de los dias ! yo te saludo y me inclino ante tu horrible belleza. Dia de justicia, tú eres el mas imponente de los hijos de la eternidad. Veo abrirse el compas que ha de medir tu duracion; oigo agitarse las balanzas en que han de pesarse los orbes; miro á la misericordia que se oculta bajo las palmas que agitan las celestiales cohortes. Mas para vosotros, salidos de ayer del polvo del pecado, para vosotros que llevais la audacia hasta á rebelaros contra el Eterno, para vosotros llegaré el dia de la venganza que ha de precipitaros en el abismo. Estrecho fuertemente mis alas contra el cuerpo, y ca-

llo; pero sabedlo bien, la nube que me envuelve es el anuncio de la destruccion; mi silencio es la nada. »

Continua el Mesías con los ojos fijos en el cielo, pero su tranquilidad es aun la de un simple mortal; y los seráfines mismos reconocen apenas al rey de los cielos, contemplando aquella resignacion paciente que espera sin conmovirse á que el torrente de la corrupcion derrame sobre ella hasta la última gota de las envenenadas aguas, con que sin cesar le engruesa el interminable curso de los pasados siglos. Mas volviéndose en fin Jesus hácia Caifás, le dice :

« Yo soy el que acabas de nombrar, y toco ya al término de mi obra. Sabedlo cuantos me escuchais: al hombre á quien creisteis de barro como vosotros lo sois, al hombre nacido de una madre mortal, le vereis sentado á la diestra de Dios, le vereis bajar á vosotros sobre las nubes del Cielo. »

De esa manera se dignó por un instante correrle el velo al porvenir, el Hombre-Dios, quien al fin de los tiempos vendrá á sentar su trono sobre las ruinas del universo, mas terrible que el angel exterminador cuando en las tinieblas de la mas lúgubre de las noches hace resonar las cuerdas del arpa de la muerte.

Arrebatado por la cólera, como la caña por las olas que de raiz la arrancaron, levántase Caifás,

adelántase hasta el centro de la sala, rasga sus vestiduras, arroja en torno de sí feroces miradas, y esclama con iracundo acento :

« Ya le habeis oido al blasfemo : inutil es ya cualquiera otro testimonio. ¿Qué castigo merece el que viola la ley de Moises é insulta al Eterno, llamándose Dios á sí mismo? Hablad. »

« ¡La muerte, la muerte! » clamó en voz unánime la asamblea.

Al escuchar ese grito de furia que le parece salido de su corazon, levántase Filon triunfante, y dice :

« Sí, ¡que muera, que muera de la muerte de los criminales! ¡que sea condenado al lento y terrible suplicio de la cruz! No haya para él fúnebre monumento cubierto de flores y verdura; yo consagro sus restos á la tempestad para que los disperse en el vacío, á fin de que en el dia del juicio final no puedan oir la señal de la resurreccion. »

Escitado por esas palabras, arrójase el pueblo sobre Jesus, y le arrebató.

Gabriel y el divino Elohá, ocultos en una nube, vuelan sobre el parage de la tierra donde pisa el Hijo del Eterno.

Musa de Sion, préstame el velo que te encubre cuando, en tu sublime vuelo, frisas con el santuario de los cielos, para referir dignamente el sua-

ve razonamiento de los dos seráfines que siguen al Mesías.

« ¡ Cuan profundos son, ó hermano mio, los secretos de la divinidad! suspira Elohá. He visto nacer las estrellas, he asistido á todos los prodigios de la creacion; pero lo que ante nuestros ojos acaba de suceder sobrepuja á cuanto he presenciado. Hele ahí abandonado al furor de la hez de los hombres al Mesías á quien Jehová ha juzgado en el monte de los Olivos; al Hijo del Hombre que se sostuvo, al juzgarle el Señor, con la fuerza de un Dios, y que con una sola mirada me devolvió el inmortal esplendor de que el aspecto de sus padecimientos me habia privado. »

« ¡ Él, añadió Gabriel, él que ha de mandar á la tempestad que reuna el polvo de los huesos de todos los humanos; él que en medio de los lamentos de dolor arrancados á la tierra moribunda por ese nuevo trabajo de procreacion, vendrá al desplegarse las estrellas á juzgar al universo! ¿Te acuerdas, Elohá, del instante en que dijo: « Hágase la luz, y la luz fué hecha? ¿Del instante en que precedido por un aliento vivificador sembró los astros en el firmamento, y creó los cielos? »

« ¡ Oh! si me acuerdo. ¿Y tú, recuerdas el día terrible en que amontonó la noche eterna formando con ella una masa que parecia compuesta de ruinas de infinitos soles ó de restos de millares de

mundos destruidos? Entonces dijo á la llama devoradora: « ¡ Ilumina y alienta á ese cadaver del caos! » Y el fuego destructor surcó los campos de la muerte y de la condenacion, y clamores desesperados se elevaron al espacio infinito desde el fondo de aquel horrible abismo. »

Mientras que los dos seráfines retratan así en todo el esplendor de su omnipotencia al Dios, que unos viles mortales acaban de condenar á ignominiosa muerte, Porcia levanta los brazos al cielo y le dirige esta dulce oracion:

« ¡ O tú el mayor de los Dioses, tú que has creado los mundos, tú que has dado á los hombres un corazon para adorarte y para amar á sus semejantes, Júpiter ó Jehová, sea cualquiera el nombre que te den, tú no eres ni el Dios de Rómulo, ni el Dios de Abrahan, sino el Dios de la especie humana! Todos somos tus hijos. Permíteme que implore tu misericordia en favor del hombre á quien acabo de oír condenar. ¿Puede ser para tí agradable el espectáculo que ofrece la inocencia cobardemente inmolada por el odio y la injusticia? No, no; los hombres corrompidos aplauden á cuanto les conmueve fuertemente, pero el que domina los astros solo el bien puede querer, solo al bien protege y recompensa. Yo no puedo darle mas que lágrimas al hombre virtuoso á quien se intenta sacrificar, Dios del universo, tú que puedes, recom-

pénsale, y si no es incompatible con tu divina esencia la admiracion, admírale, pues su resignacion y su paciencia le hacen superior á la humana especie. »

Con la tierna oracion de la noble Romana se une un lúgubre gemido que sale del mas oscuro rincon del vestíbulo del palacio, donde Simon Pedro se ha refugiado. Reconoce Juan, que se hallaba en el pórtico, la voz de su amigo, y corre hácia él.

« ¡O Pedro! esclama, suplicote que me digas que es lo que han hecho de nuestro maestro. Tu llanto y gemidos me estremecen. ¡Ah! ¡por piedad, habla!

« Jesus está perdido y yo mas que él, responde Pedro; ¡déjame morir solo y desesperado! Iscariote, el horrible Iscariote le ha vendido, y yo le he *negado*, negado, sí, á la faz de cuantos me habian visto en su compañía. ¡Huye tú, bienaventurado Juan, que le has sido fiel, huye y déjame morir solo y desesperado! »

Diciendo así, se lanzó á las calles aun envueltas en las sombras de la noche. Perseguido por los remordimientos, no sabe el desventurado discípulo á donde dirige la planta, y chocando con el ángulo de un edificio cae anodado, y lejos de tratar de levantarse, apoya la abrasada frente contra las piedras humedecidas ya por el rocío de la mañana y

exhala las angustias de su alma en interrumpidas quejas :

« Desvanéceos horribles visiones que me atravesais el pecho con mil cortadoras cuchillas, apartad de mí esas miradas de fuego que pesan sobre mí desde que negué al maestro divino, al amigo adorado, al que yo amaba hace poco como nunca amó mortal alguno. Alma pusilánime, ¿qué es lo que has hecho? Ya no te reconocerá el Mesías cuando rodeado por sus discípulos fieles juzgue al universo. ¡Ay de mí! Yo mismo me he juzgado ya! Apíadate de mi arrepentimiento, que lentamente imprime el sello de la muerte en mis macerados miembros, en mis miembros que se contraen y se estremecen, sin llegar á helarse. »

Las palabras espiran en sus trémulos labios, pero Dios echó sobre él una mirada de misericordia enviándole el consuelo de las lágrimas. Una sonrisa de Orion, su angel custodio, le reanima y levantando los ojos al cielo dice :

« ¡Padre de los hombres y de los ángeles, padre del Mesías, tú que lees en mi corazon, sabes los tormentos que le destrozán desde que he negado á tu hijo! Soy indigno de morir con él, mas permite á lo menos que antes de santificar á sus fieles discípulos con su postrera bendicion, deje caer sobre mí una mirada de clemencia, he caido en demasiado envilecimiento para pedirle una palabra de

amor. Perdóneme y yo diré al mundo entero que soy, aunque indigno, servidor del Hijo del Hombre, y lo estaré repitiendo hasta mi último suspiro. Mientras te plazca, ó Creador mio, dejarme un soplo de vida, buscaré á las almas piadosas para decirles en voz interrumpida por el llanto: Yo he conocido al mejor, al mas grande de los hombres; yo he visto al hijo del Eterno; yo, vil pecador, he sido su discípulo; me ha amado como ama á todos sus hijos, y no he sabido merecer su amor, le he negado en la hora del peligro, sin embargo de haberle visto alimentar á los hambrientos, curar á los enfermos, y resucitar á los muertos. Por tan grandes y bellas acciones le han dado muerte los enemigos de Dios, y el Eterno lo ha consentido porque su hijo habia ofrecido la vida por la especie humana. Venid, seguidme cuantos me escuchais: marchemos al suplicio en pos de él. ¿ Quien podrá sobrevivir á la certidumbre de su muerte? ¡ Jesus, hombre divino! ¿ en donde estás? ¿ Cual es la tumba en que has de reposar, si tumba te conceden tus enemigos? »

Así gime el discípulo, cuyo momentáneo error se complacen los mortales en citar para disculpa de sus propias fragilidades. ¿ Mas donde estan los hombres que pudieran como él compensar sus culpas con sublimes acciones y como él ganar la corona del martirio?



CANTO SÉPTIMO.

ARGUMENTO. — Comienza á lucir el día señalado para la muerte de Jesus; y Elobá lo saluda con un himno de dolor. — Conducen los sacerdotes á Cristo ante Pilatos. — Acúsante Filon y Caifás de blasfemo y de rebelde. — Muerte de Judas. — Pilatos, despues de haber interrogado á solas á Jesus. vuelve con él á la asamblea, declara que no le encuentra culpable, y que por lo mismo es preciso que sea presentado á Herodes. — Llegando María al lugar de la asamblea reconoce á su hijo. — Sus lágrimas y su desesperacion. — Implora la proteccion de Porcia. — Esa trata de consolarla, y envia un esclavo á decir á Pilatos que no condene á Jesus. — Sócrates se aparece en un sueño á Porcia, y descubre á esta el misterio de la divinidad de J. C. — Manda Herodes al Mesías que haga algun milagro en su presencia: callando siempre Jesus, el Tetrarca le insulta y vuelve á enviarle ante Pilatos. — Desempeña el esclavo de Porcia el encargo de esta. — Hace Pilatos que le lleven á un célebre bandido llamado Barrabás, y se lo presenta al pueblo al mismo tiempo que al Mesías, esperando que la multitud pedirá la libertad del último. — Filon, adivinando la intencion de Pilatos, arenga el pueblo, y este, pervertido por su discurso, absuelve al asesino. — Lávase Pilatos las manos solemnemente ante el pueblo. — Llévanse á Jesus para azotarle. — Despues de ese cruel